

# MEMORIA Y ANCESTRALIDAD: DE ÁFRICA A LA SIERRA NEGRA (PASANDO POR MÍ)

**Laura Romero**

Voy a empezar hablando de mí. Hace un año, en medio de una crisis sanitaria por un virus desconocido, me separé de mi hoy expareja y padre de mi hijo. La situación se había vuelto insostenible, pues a su modo de ver yo era una mujer demasiado enfocada en mi propio proyecto profesional y eso había empezado a traer conflictos a nuestra relación o, quizá y mejor dicho, los comencé a ver. Las semanas se tiñeron de una notable sensación de culpa, pues frecuentemente me preguntaba si realmente era una madre y pareja egoísta. Con una dirección a mi cargo y un puesto de investigadora, muchas horas de mi vida pasan frente a la computadora o el teléfono inteligente, así que él se encargaba de nuestro hijo. Bueno... se encargaba de la lista de cosas que yo tenía que planear cada día por la mañana en medio de una serie de correos electrónicos, cuentas por pagar y artículos por terminar. Además, de por supuesto encargarme de cosas de la casa, pues la señora que trabaja conmigo había dejado de asistir, justamente por el confinamiento. Es decir, era la manager de mi casa y de mi trabajo.

En medio de esa crisis personal, una estudiante subió un post en el cual le escribía una carta a una mujer llamada Chimamanda Ngozi Adichie como agradecimiento a lo que leer su libro "Querida Ijeawele. Cómo educar en el feminismo", le había dejado. Algo, una intuición, me llevó a acercarme a su escrito y, después, al libro de Chimamanda. Tenía la intención de educar a mi hijo de tal manera que no reprodujera las conductas de su padre, pensé que algo encontraría

a ahí. El texto de Chimamanda se me presentó en el momento justo. Su primera sugerencia inicia así:

Sé una persona plena. La maternidad es un don maravilloso, pero no te defines únicamente por ella. Sé una persona plena. Beneficiará a tu hija. Marlene Sanders, pionera periodista estadounidense (y madre de un niño) que fue la primera mujer en informar desde Vietnam durante la guerra, una vez aconsejó lo siguiente a otra periodista más joven: «Nunca te disculpes por trabajar. Te gusta lo que haces, y que te guste lo que haces es un regalo fantástico para tus hijos».

Me parece un consejo sabio y conmovedor. Ni siquiera tiene que gustarte tu trabajo, basta con que te guste lo que el trabajo hace por ti: la confianza y plenitud que se derivan de trabajar y ganarse la vida.

Me comencé a cuestionar no a mí misma, sino a mi entorno. Me di cuenta que la culpa no nacía de mí, sino venía de fuera. Fui más sensible al tono en el que, no sólo mi expareja, se referían al modo en el que vivía, yo era una mujer egoísta porque a la par de mi proyecto como madre está mi proyecto profesional. Al poco tiempo decidí terminar mi relación definitivamente. Incluso levante una denuncia por violencia psicológica que procedió y provocó que al papá de mi hijo le dieran una orden de alejamiento, mientras lograba que una jueza me diera la custodia. Sé que lo que conseguí fue porque conocía a la persona indicada y, gracias a su recomendación las puertas en la Casa de Justicia para la Mujer se abrieron. Sin embargo, en las siete horas que duró mi denuncia observé a muchas mujeres en una situación de mucha violencia. Yo misma fui sujeta de comentarios, por parte de la MP, formada con “perspectiva de género”, en los cuales me describió como “exagerada”, por hacer de la violencia psicológica objeto de una denuncia. Sus palabras fueron las siguientes:

Es verdad que te puede quitar a tu hijo. No te está amenazando, te está diciendo la verdad. Amenazarte es decirte: ‘te voy a matar’ o ‘te va a cargar la chingada’. Amenazarte con quitarte a tu hijo y hacerlo porque eres mala madre, es una posibilidad no una amenaza. Hoy las mujeres ya no se aguantan, y son como tú: vienen y se quejan de todo. Pero bueno, vienes recomendada y vamos a abrir una carpeta con tu denuncia...

En la sala de espera podía escuchar las historias de las mujeres levantando sus denuncias y de sus parejas declarando. El patrón era el mismo, la diferencia es que yo “iba recomendada”, y nuevamente la culpa se filtró en mi cuerpo para hacerme cuestionar si hacer lo que hacía estaba bien.

Semanas después encontré en la red, ni siquiera recuerdo cómo, el *Seminario de Literatura Africana y Género* y vi que estaba un texto de Chimamanda. Inicié la aventura de leer cada texto, a veces con mi hijo a lado, otras en medio de una junta, básicamente leía cuando podía. El seminario y cada lectura me hicieron ver mi historia en muchas de las páginas, pero sobre todo las historias que escuché en la Casa de Justicia para la Mujer y las de las mujeres nahuas con las que he trabajado los últimos 20 años de mi vida.

Este seminario y las charlas de Natalia me hicieron encontrar la razón por la cual yo me sentía incómoda con el feminismo y era la falta de interseccionalidad. Al trabajar con mujeres nahuas en la Sierra Negra y escuchar a muchas mujeres hablar de su vida en términos de cuál debería ser su agenda de género no podía más que notar el tufo etnocéntrico de su argumento. La interseccionalidad me hizo darme cuenta que otras formas de pensar eran posibles cuando tomamos en cuenta el origen étnico, la clase, la edad... Y, nuevamente, Chimamanda estaba ahí con el “peligro de la historia única”, dándome la luz para encontrar el camino.

Poco a poco fui trazando mis cursos de antropología, mis conferencias, todos mis contenidos con mujeres de otras nacionalidades para darles a mis estudiantes la posibilidad de no caer en los peligros de las historias únicas y yo misma me fui encontrando en las múltiples historias de quien yo soy. La Hiena que había puesto a la par su proyecto profesional con su proyecto familiar, apareció -simplemente- como una mujer emancipada. A mi hijo le compré un libro de niños escrito por Chinua Achebe. Sensibilicé mi mirada y con ello cambió mi vida.